

GILLETTE, ATLAS DE UNA HOJA

01 DE ABRIL DE 2058

Había entrado en el último mes de mi vida, un plazo que ya no admitía prórroga.

Noventa y tres años, y siempre había creído que era un pescador.

Resulta que no había entendido una puta mierda.

Alguien me había retratado en una fotografía: barca de madera, caña de pescar en la mano, el Vesubio a mi espalda.

Como si yo fuera el hombre que había aprendido dónde echar el anzuelo. El hombre que sabe.

Luego miré la imagen con más atención.

El pez que pesqué no se mueve. No boquea buscando aire.

Está leyendo. Está leyendo GILLETTENARRATIVE. En inglés, en español, en chino, en amárico, en urdu, en árabe.

Yo pesqué al pez. El pez me está estudiando.

Durante años creí que evolucionar era hablar más lenguas, tener más mapas, más ediciones.

Veintidós ediciones. Cinco con muchos volúmenes. Diecisiete sin contarlos siquiera. Pero ¿cuánto coño he escrito?

Luego comprendí que la evolución no es cuánta agua has recorrido. Es si, cuando cuelgas de un anzuelo, todavía tienes la lucidez para leer.

El pez de abril no es una broma que gastas a los demás. Es la broma que te gasta la vida cuando te crees el pescador y descubres que eres el pez.

Y si tienes suerte, ese día, aprendes también a leer.

Yo lo aprendí ese día. Pero ya estaba al final, y una meta no deja memoria. Solo la posibilidad de ser inolvidable.

Ferdinando